

Razones para rechazar los megaproyectos eólicos y fotovoltaicos

Félix Talego Vázquez | Alcalaboza Viva

URL de la contribución <www.iaph.es/revistaph/index.php/revistaph/article/view/5276>

Razones de principio

La política energética del Reino de España responde a la creencia de que el volumen de energía gastada en cualquier sociedad es indicativo de su bienestar. Tal afirmación se deriva de otra: la historia consiste en lo fundamental en la lucha por arrancar de la naturaleza recursos para evitar la carencia y la calamidad. Y la misión reza así: obtener más energía y más materiales de manera más eficiente cada vez. “Sostenible” y “circular”, dicen ahora. Es toda una cosmovisión.

Este mito, llamado del “crecimiento de la economía”, está consagrado, pues en él se basan los jerarcas para legitimar su dominio y promover los megaproyectos que anegan nuestros paisajes. Los miramos anonadados, pero como el mito goza de buena salud, la mayoría se consuela pensando que será para progresar más, y se resigna.

Pero el mito de la “creación de riqueza” o “crecimiento de la Economía” no es universalmente aceptado, y ha sido respondido desde el principio, cuando Smith, Malthus y Marx plasmaron su canon. La legión de sus adeptos cree que la humanidad se ha hecho trabajando para huir de la necesidad, y que megaproyectos tecnológicos (tecnológicos, más bien) como los que nos ocupan son eso mismo a un mayor nivel de sofisticación, por lo que oponerse a ellos es “ir contra el Progreso”.

Pero ya Aristóteles planteó otra antropología, la que considera que la humanidad se ha hecho en la palabra, que, al significarlo todo, sustrae a los humanos del medio (ámbito biológico) y los ubica en el mundo (ámbito simbólico), el lugar en el que, irrevocablemente, habitamos. La palabra no nace del individuo, sino de la comunidad, y en ella la hablan las personas. Por ello, la con-

dición humana es hacerse haciendo comunidad (*zoom politikon*), y la cuestión esencial es *ser*, que determina y otorga un sentido al mero existir. Siendo así que las pulsiones biológicas perentorias de alimento, abrigo y sexo no determinan nada, sino que están determinadas por la necesidad social de identidad y vínculo, y convertidas en maneras de la comunicación, ocasiones para el reconocimiento. Es la condición humana, que no está determinada materialmente, sino identitaria e ideáticamente. Es esto lo que explica la cultura humana en su diversidad, no la lucha por la existencia.

Al cuestionar el mito de la producción, se tambalean las instituciones de nuestra cultura, como la teoría de las necesidades primarias materiales, o la propia razón de ser de las jerarquías, pues se presentan como garantía de provisión solvente de tales necesidades. Aceptar que quizá los seres humanos no se mueven ante todo por su



Instalación termosolar Crescent Dunes, Nevada, Estados Unidos (2017) | foto National Renewable Energy Lab (Dennis Schroeder)



Paisaje de Riotinto en Huelva (2015) | foto Guillén Pérez

bienestar y seguridad material nos abre otros horizontes y otros valores. Y hace posible respetar la diversidad de culturas y distintas concepciones de la vida buena, que poco o nada tienen que ver con el nivel (material) de vida.

Esta mirada nos invita a cuestionar nociones imperantes como la de “materia prima”: la ciencia económica la define como cualquier cosa que solo adquiere valor si es empleada en la Producción. Es decir, que es irrelevante hasta ser elaborada en la Producción. Las autoridades vuelven ahora a la carga anunciando la “estrategia de las materias primas críticas”, como penitencia hoy para el bienestar de mañana. Seamos irreverentes: recupe-

remos significados obliterados para muchas de esas “materias primas”, o resignifiquémoslas: ¿Por qué no *bienes comunes* en lugar de *materias primas*?

La noción actual de materia prima procede de la tradición alquímica, y maduró cuando aún se creía que las extensiones de la tierra y sus elementos eran prácticamente infinitos. Sabemos hoy que no es así, pero la noción permanece incólume, porque no deriva de evidencias, sino de la fe tecnológica. Es tecnolatría, que predican las jerarquías con un sencillo mensaje –aunque con un fabuloso aparato educativo y publicitario–: la sofisticación técnica salvará a la humanidad. Exhibiciones de naves voladoras, carreras de velocípedos o exposicio-

nes de cacharrería electrónica son celebraciones tumultuosas de esta “religión de la máquina” (como citaba L. Mumford en su obra *Técnica y civilización*). Poco efecto tiene ante esa devoción que la energía eólica y solar no sean renovables: las aleaciones de las aspas y paneles son de materiales “raros” y finitos.

Mirar la proliferación de molinos y paneles desde una mirada no productivista lleva a verlos como errores horribles y nocivos a los que merece la pena oponerse, no como horrores inevitables en aras de la Producción.

Hay, por último, una vertiente estética en este debate. Algunas corrientes románticas denunciaron desde el principio la fealdad que iba propagando la furia industrial (que sigue hoy en las plantaciones eólicas y solares), pero desde el principio se ha procurado también disimular la desmesura y embellecer la fealdad del paisaje industrial, esa metástasis que nació probablemente en la mina. Por eso lo colosal es loado en el industrialismo: los rascacielos, las grandes presas, los molinos gigantes... aspiran a lo solemne, como símbolo de poder. Pero es fácil a las obras humanas traspasar la línea que separa lo solemne de la desmesura y el ridículo. En la línea de denuncia estética del productivismo y su proyección simbólica en creaciones descomunales y ridículas, es destacable la obra de E. F. Schumacher de 1973 *Lo pequeño es hermoso*. El título es toda una propuesta estética y política, que continúa la que hizo un siglo antes (en 1854) H. D. Thoreau en *Walden*. Refiriéndose a las pirámides, antecesoras del gigantismo industrial, dijo: “no hay nada de lo que asombrarse tanto como del hecho de que pudiera haber tantos hombres degradados para gastar sus vidas en construir la tumba de un bobo ambicioso...”

La otra línea de justificación de la desmesura productivista cuenta con eminentes autores, todos varones, por cierto. Destacaremos dos: el poeta fascista T. Marinetti que aclamaba en su *Manifiesto futurista* (1909) “Cantaremos las grandes muchedumbres excitadas por el trabajo, el placer y el tumulto... las fábricas colgadas de las nubes por las líneas quebradas de su humo; los

puentes que brincan ríos cual gimnastas gigantes...”; Otro es J. M. Keynes que, en 1930, en *Las posibilidades económicas de nuestros nietos*, escribió: “...por lo menos durante otros cien años debemos simular... que lo bello es sucio y lo sucio es bello...”

Pero son muchos más los y las visionarias que nos invitan a una estética y una ética alternativa a la megalomanía y fealdad industrialista. Así J. Ruskin en *Las siete lámparas de la arquitectura* (1849). O la “razón poética” que preside toda la obra de María Zambrano, o la espera, la atención y la quietud que ilumina la poética de Simone Weil, quien ha escrito quizá el alegato más lúcido e hiriente contra el infierno de la fábrica (*Reflexiones sobre las causas de la libertad y de la opresión social*, 1934). O Chaplin en *Tiempos Modernos* (1936). Pero terminaremos con Juan Ramón y su Platero y yo, ese sencillo poemario a la quietud contemplativa y al amor a las criaturas:

“Mira Platero como han puesto el río (Tinto) entre las minas, el mal corazón y el padrastreo... El cobre de Río Tinto lo ha envenenado todo... ¡Qué miseria!”

Nosotros nos quedamos con Juan Ramón y su Platero: ¡no a los megaproyectos del industrialismo!